

Este Segundo Domingo de Pascua celebramos de manera especial la Misericordia divina. San Juan Pablo II quiso instituir esta conmemoración pensando en que es el segundo nombre del Amor de Dios, el modo en que vemos, de manera especial, el amor de Dios sobre nosotros. Ya se nos mostraba así en el Antiguo Testamento. En la Escritura se recuerda con frecuencia al Señor como lleno de misericordia, un Dios “lento a la cólera y rico en piedad”.

El Papa Francisco, cuando estuvo en Cracovia, en Polonia, en la última Jornada Mundial de la Juventud (conocida como JMJ) en el año 2016, dijo precisamente, al visitar el Santuario dedicado a la Divina Misericordia: **“El Señor hoy nos quiere hacer sentir más profundamente su gran misericordia. Nunca nos alejemos de Jesús. Aunque pensemos que por nuestros pecados o nuestras faltas somos lo peor. Así nos prefiere él, así su misericordia se derrama. Aprovechemos este día para recibir todos la misericordia de Jesús”**. También en esa visita dedicó unos momentos a confesar a varios jóvenes que esperaban a que la gracia de Dios inundara sus corazones.

Sabemos como la Misericordia de Dios es un rasgo, un modo de ser que Jesús manifestaba en todo momento: se compadecía por las muchedumbres, perdonó a la pecadora que querían castigar los fariseos, facilitó la conversión de la samaritana conversando con paciencia con ella, llamó a Mateo, considerado como pecador público, a ser apóstol y dejando claro que no había venido a buscar a los se creían justos sino a los que se sabían pecadores y querían convertirse, volver de nuevo al amor de Dios. Precisamente esta escena es la que dio lugar, motivó el lema del Papa Francisco para su escudo papal, como explicó en más de una ocasión. Nos decía así: **Pasando delante del banco de los impuestos, los ojos de Jesús se posan sobre los de Mateo. Era una mirada cargada de misericordia que perdonaba los pecados de aquel hombre y, venciendo la resistencia de los otros discípulos, lo escoge a él, el pecador y publicano, para que sea uno de los doce. San Beda el Venerable, comentando esta escena del Evangelio, escribió que Jesús miró a Mateo con amor misericordioso y lo eligió: miserando atque eligendo.** (así se dice en latín, y significa: mirándolo con misericordia, lo eligió). **Siempre me ha cautivado esta expresión, tanto que quise hacerla mi propio lema.**

Es un buen ejemplo para considerar que esa misma mirada de compasión la tiene Jesús contigo y conmigo. Que está siempre dispuesto a acogernos, a perdonar, a pesar de que le fallemos tantas veces. Y esa misma consideración nos llevará, no solo a volver a Él siempre que haga falta, contritos, arrepentidos, sino también a vencernos con más energía, con más ganas, con un decidido empeño, a luchar por no defraudarle, por corresponder con amor a tanto amor de Jesús: mejorando en nuestras virtudes, luchando por ser más generosas, más trabajadoras, más sinceras...

Alguna puede pensar: si Jesús siempre me perdona, que más da que me porte mal, siempre encuentro el remedio pidiéndole perdón en la confesión. Y no es verdad, por dos razones. Primero porque cuando se ama, no es igual rectificar que no corregirse. La segunda es que, cuando no se ama, no sentimos la necesidad de pedir perdón, ni de corregirnos. El pecador que no se arrepiente ama poco a Dios, no quiere experimentar su misericordia, no siente la necesidad de desagraviar, de pedir perdón: o por soberbia o por falta de amor. Ocurre lo

mismo con las personas a las que queremos. Si las ofendemos tratamos de pedir perdón cuanto antes, de corregirnos en nuestra conducta hacia ellas y vuelve la paz y la armonía, la confianza, la concordia.

Tenemos estos días la pena de no poder experimentar con mayor realismo ese amor de Jesús por nosotros, como palpándolo con las manos y viéndolo con los ojos, pues nos faltan el sacramento de la Eucaristía y el de la confesión, por el confinamiento al que estamos sometidos. Pero no podemos dudar del amor que Jesús siente por nosotros, pues lo sabemos precisamente más cercano en las pruebas que permite que pasemos. Y esta es, sin duda, una prueba, una contradicción seria.

Por eso es bueno recordar que tenemos dos estupendos instrumentos para seguir viviendo esa cercanía y experimentar su misericordia. Nos lo ha recordado el Papa: la comunión espiritual y el acto de contrición sincero.

Mira lo que nos dijo sobre el acto de contrición (al comienzo de la pandemia precisamente): **"Si no encuentras un sacerdote para confesarte, habla con Dios, que es tu Padre, y dile la verdad: 'Señor, he hecho esto, esto, esto... Perdóname', y pídele perdón de todo corazón, con el acto de dolor y prométele: 'Me confesaré después, pero perdóname ahora'"**. Ya ves que tenemos un buen remedio hasta que podamos recibir personalmente el sacramento de la penitencia: repasar qué cosas han ofendido a Jesús, pedirle sinceramente perdón, de corazón, y hacer el propósito de confesarnos de ello en la primera ocasión que podamos.

Si lo piensas bien es algo que podrías hacer todas las noches: un pequeño examen de conciencia: miras que le ha podido disgustar a Jesús en el día y haces el acto de contrición y el propósito de confesarte después, cuando puedas, y de esforzarte al día siguiente para mejorar. Y si quieres un último consejo busca al final de tu examen una meta, un propósito para el día siguiente y le pides ayuda a la Virgen, nuestra Madre, para que de verdad te esfuerces en ello y venzas. Seguro que su ayuda no te faltará y ivencerás!